

BAUTIZO LIBRO “70 AÑOS DE HUMOR EN VENEZUELA”

JUAN CARLOS ESCOTET RODRÍGUEZ

Hace ya unos 15 años, durante una entrevista que le hicieron como parte de un programa dedicado al largo tiempo que permaneció en prisión, un reportero le preguntó a Nelson Mandela sobre el delicado asunto de la convivencia en la prisión, especialmente en los 17 años que pasó encerrado en el centro de reclusión de Polismor, en la Isla de Robben. Durante esos años, como se sabe, Mandela y otros presos de conciencia estuvieron sometidos a un régimen de trabajos forzados en una cantera de cal. Llevaban una vida agotadora, obligados a unas disciplinas cuyo objetivo era mantenerlos siempre en el más extremo cansancio.

Como es inevitable en aquellas condiciones a lo largo de tantos y tantos años, que más adelante en el caso de Mandela sumarían otros diez años más de prisión repartidos en otras dos cárceles, se producían momentos de alta tensión en la vida cotidiana. El ambiente se tornaba casi irrespirable entre los propios detenidos. El malestar crecía al punto de la hostilidad. Había semanas donde los desacuerdos de criterio se hacían más fuertes que las cosas que unían a los compañeros de prisión. Ese es el marco de la pregunta que le formularon a Mandela.

Cuando Mandela responde, luego de hacer una pausa, dice al periodista: “¿qué nos salvó? Nos salvó el estudio y nos salvó la risa”. Y a partir de allí cuenta lo que tanto se ha repetido sobre su disciplinada voluntad de lectura y estudio, que potenciaría sus capacidades como líder de su país y del mundo, pero también describe cómo el sentido del humor, no sólo contribuía a restituir la relación entre los dirigentes presos, sino que aliviaba las terribles condiciones en las que él y otros presos vivieron por tanto tiempo.

El humor es, quizás como ninguna otra manifestación de la condición humana, un signo de esperanza. Diré, una salvación. Cuando en medio de las más diversas

dificultades, alguien sonríe o comparte un comentario que provoca la sonrisa de los demás, hay un poderoso significado en juego. Hay una declaración de humanidad, una proclama que nos dice que, al final del camino, el hombre, o los hombres, lograrán vencer las dificultades, lograrán ir más allá de los obstáculos que los separan de sus objetivos.

La historia del cine, la historia de la literatura, pero sobre todo, nuestras propias experiencias de vida están pobladas de escenas que tienen como su argumento climático una sonrisa. No hay historia de amor que no tenga su momento capitular en el instante en el que, quien ha tomado la iniciativa, recibe de vuelta una sonrisa que compensa todos sus desvelos y ansiedades.

Ahora mismo, en esta sala, están presentes padres y madres, abuelos y abuelas. También yo formo parte de esa población, lo que equivale a decir, que soy de los que lleva en la memoria ese momento de plenitud incomparable en que aquí, envueltos por nuestros cuerpos, esas personitas maravillosas que son nuestros hijos y nuestros nietos, nos obsequiaron una primera e inolvidable sonrisa. Quiero decir, nos obsequiaron con una sonrisa que puso a salvo el sentido de nuestras vidas.

La historia de la Humanidad, posiblemente de un modo que sobrepasa nuestra imaginación y nuestra comprensión, no por siglos sino por milenios, ha sido posible en una dimensión simplemente infinita, a partir de esa escena en la que dos seres desconocidos hasta ese momento, establecen una relación en el instante en que uno sonríe al otro. Toda amistad tiene su punto de inflexión en ese nanosegundo de valor incalculable, en que alguien sonríe a otra persona.

¿Y qué significan estas sonrisas? ¿Qué pronostican? ¿Qué promesa contienen? No solo la posibilidad de un vínculo, de un intercambio entre seres humanos. Esa es apenas una de las múltiples dimensiones del hecho de sonreír. La sonrisa, además de portar el anuncio de la risa, precede al humor, precede a ese maravilloso atributo de la condición humana que es el sentido del humor.

El mismo ser humano que puede amar de forma irrenunciable; que siente que las rodillas le tiemblan cuando se para delante del “Miranda en La Carraca”, el perturbador cuadro de Arturo Michelena; el mismo ser humano que se reconoce en el contenido piadoso de un salmo bíblico que le habla del prójimo; el mismo al que se le activan sentimientos de solidaridad cuando se asume como testigo del dolor ajeno; el mismo ser humano que en un momento de su vida experimenta alguna forma de desdicha, es el mismo que en otro momento sonríe como si hiciera un guiño a los demás, el mismo que ríe y provoca un efecto de contagio entre todos los que le rodean.

Todos aquí conocemos esa particular personalidad del familiar, del amigo, del compañero de trabajo dotado de sentido del humor. Si no me equivoco, creo que la mayoría sentimos fascinación por esas personas que llevan consigo el rayo, el disparo de luz que, en el momento más inesperado, interviene en cualquier conversación y nos provoca una carcajada.

No siempre nos resultan evidentes las conexiones profundas que el humor tiene con la dimensión amorosa del ser humano. Hay un estatuto del humor que se produce en la intimidad de las parejas, que es irreproducible fuera de esa atmósfera. Hay escenas que se remontan a nuestros tiempos de estudiantes que están grabadas de forma indeleble en la memoria de los viejos amigos. Hay instantes, porque no son más que flashes amenazados por la fugacidad, que tienen lugar durante algún viaje, o en un encuentro entre amigos, o en medio de cualquier celebración, que han quedado fijados en los recuerdos por la potencia de un chiste que desató ese milagro de la comunicación humana, que ocurre cuando un grupo de personas reunidas tienen la oportunidad de reír al unísono.

El sentido del humor es, además, una poderosa herramienta del pensamiento. Es el instrumento, por excelencia, de la necesaria distancia a la que estamos obligados para evaluarnos a nosotros mismos y para analizar el mundo en el que vivimos. El humor tiene esa paradójica potestad que, al mismo tiempo que nos ofrece una perspectiva distinta de las cosas, también nos alivia de los múltiples pesos de la existencia.

Todo el entusiasmo que me suscita no me hace ajeno a las otras realidades asociadas al humor, que tan inquietantes nos resultan a veces: el humor lacerante, la ironía o el sarcasmo son parientes, parientes muy próximos es cierto, que hablan de la complejidad y la esencialidad de un fenómeno que, de forma inevitable, ha terminado por ocupar un lugar sustancial en el espacio público.

No solo en el seno de la sociedad venezolana: en toda América Latina, la presencia cultural del humor puede ser registrada claramente desde el arribo de la lengua española. Todos aquí, seguramente recordamos desde los tiempos del bachillerato, las clases de Lengua y Literatura que nos hablaban de la Picaresca y, sobre todo, de la presencia protagónica del humor en los diálogos entre Don Quijote y Sancho Panza.

Más allá de sus usos cotidianos, el humor –el humorismo- ha sido históricamente un modo de expresión de especial relevancia en la esfera pública. A lo largo de los tiempos, los actores públicos han encontrado en el humor una manera de expresar sus posiciones ante las luchas políticas, los grandes acontecimientos y lo que, en términos contemporáneos, llamamos los asuntos públicos. Esto, como es natural, ha determinado la existencia de un vínculo muy fuerte y sostenido en el tiempo, entre el humor y la literatura, entre el humor y todas las artes, entre el humor y los medios de comunicación.

En el caso venezolano, aun cuando el humor es un dato indisociable de los intercambios cotidianos entre personas de todas las edades y de todas las regiones, una de sus proyecciones culturales más destacadas ha ocurrido en el ámbito del periodismo: a ello está dedicado este 70 años de humor en Venezuela, libro que uno puede disfrutar, verdaderamente disfrutar, de la primera a la última página. En sus páginas están presentes o referidas algunas de las expresiones humorísticas, fundamentales en la comprensión de la historia de nuestro país.

70 años de humor en Venezuela es la cuarta entrega de una serie que, más allá de sus temas parciales –el primero estuvo dedicado al fotoperiodismo, el segundo a la entrevista y el tercero al periodismo deportivo-, espera contribuir al reconocimiento que el periodismo y los periodistas merecen, por el modo en que enriquecen nuestra relación con Venezuela y con el mundo, todos los días.

Más allá de su indiscutible valor documental y de lo que representa como criterio editorial, me anima pensar que sus contenidos, posiblemente de un modo especial e inesperado, están conectados a ese lugar tan personal de nuestra sensibilidad, donde sonreír y reír es un modo inteligente de relacionarnos con nosotros mismos y con los demás.

Muchas gracias.

Juan Carlos Escotet R.